

Editorial

Este número de Oficios Terrestres está dedicado al Mundial de Fútbol del 78. O más bien: a la memoria de lo que fue silenciado, de lo que fue estrangulado. A la memoria de los crímenes. A la necesaria memoria de las luchas.

El golpe de Estado de 1976 no fue sólo un golpe militar, sino que tuvo como cómplices a sectores civiles y religiosos que fueron responsables de la más negra etapa de la historia. Ya lo denunciaba Rodolfo Walsh en la carta a las Juntas, obligado a una "forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años". Una carta donde dejaba claro que una política contra las mayorías sólo podía "imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina".

Pero era imposible que en ese documento emblemático Walsh pudiera dar testimonio de un acontecimiento que todavía no había sucedido y que aún hoy, treinta años después, nos deja atónitos: un estadio repleto aplaudiendo a Videla, o un pueblo volcado masivamente a las calles, festejando el éxito deportivo en medio de la tragedia silenciada.

Aún hoy sigue teniendo valor animarse a preguntarnos sobre el sentido de aquellas imágenes, sobre el acontecimiento deportivo y su

alcance social y político, sobre la resistencia del pueblo y los goles de Kempes, sobre la corrupción económica y las obras faraónicas, sobre las denuncias de la comunidad de exiliados y la "campana antiargentina", sobre los metros que separaban a la ESMA del estadio de River, sobre la viabilidad histórica de aquella consigna frustrada "Argentina campeón, Videla al paredón".

Y también, en la oscura trama de aquellas imágenes de un "pueblo feliz" que reprodujeron hasta el cansancio los apologistas de la dictadura, debemos preguntarnos sobre la ineludible responsabilidad de buena parte de los medios de comunicación, como protagonistas de esa complicidad siniestra en un contexto de fuerte mordaza informativa, persecución y asesinato de muchos otros periodistas que no callaron ante la infamia.

Argentina había obtenido la sede del Mundial de fútbol de 1978 muchos años antes del golpe del 76. Es más, el logo oficial del torneo (aquel contorno de dos brazos alrededor de una pelota) simboliza inequívocamente el viejo y famoso saludo del general Perón, que la dictadura no pudo eliminar porque ya estaba aprobado internacionalmente. En un pueblo como el nuestro, donde la cultura popular ubica al fútbol en un lugar privilegiado, el gobierno militar no iba a perder la ocasión de utilizar semejante acontecimiento para intentar fortalecerse ante el mundo, lavando la sangre de sus crímenes alrededor de la pasión

popular por el deporte. Como hiciera Hitler en la Alemania del 36 (con los Juegos Olímpicos de Berlín) o Mussolini en la Italia del 34 (con el mundial de fútbol), Videla y compañía desplegaron aquí una infernal campaña de apoyo al régimen, asociando los éxitos deportivos del equipo nacional, con los supuestos éxitos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

En los meses previos al torneo, entre la comunidad de exiliados latinoamericanos y las organizaciones internacionales que denunciaban en el mundo los crímenes de la dictadura, se llevaron adelante intensas acciones que comenzaron auspiciando un boicot al Mundial, y terminaron aprovechando la realización del mismo para profundizar las campañas de denuncia. Frente a todo esto, la dictadura habló de la existencia de una "campaña antiargentina" y convocó al pueblo a utilizar el Mundial para "mostrarle al mundo lo que los argentinos somos capaces de hacer cuando estamos unidos detrás de un objetivo". Miles de argentinos aplaudiendo en los estadios, y decenas de miles festejando en las calles de las ciudades de todo el país parecían darle la razón a la perversidad de esa estrategia. Y aquí aparecen aquellas preguntas con muchas respuestas posibles ¿cómo y por qué pasó?, ¿cómo y por qué nos pasó?

Sería absurdo pretender una respuesta única y lineal a estas preguntas. Pero algunas aproximaciones son imprescindibles:

- como bien nos enseñara Walsh, el plan asesino de la dictadura vino a implementar un plan económico que en aquel momento contaba con la fervorosa adhesión de sus activos impulsores: los viejos sectores dominantes de la economía, concentrados en torno a la tradicio-

nal oligarquía de la Sociedad Rural (que había puesto a Martínez de Hoz como ministro), y los nuevos actores de los grupos financieros diversificados y transnacionalizados. Estos grupos estaban en el apogeo de su poder y no iban a abandonar fácilmente la posibilidad de sostener los intereses que defendían,

- el uso del triunfo deportivo por la dictadura, no tuvo una reproducción homogénea en todos los estratos sociales. En los sectores populares, donde el fútbol como fenómeno popular y masivo encuentra su sentido en las raíces de nuestra configuración como nación y como pueblo desde los inicios del siglo XX, es posible rastrear infinidad de testimonios donde el festejo emocionado de los zurdazos de Kempes y las atajadas de Fillol, no estuvo para nada asociado a una legitimación de la dictadura. Esos sectores, a quienes el precio de las entradas y la política represiva y persecutoria del gobierno hasta les impidió ir a los estadios, encontraron en la movilización desbordada de junio del 78 una especie de pequeño y legítimo momento de embriagadora descarga emocional, en medio de las terribles condiciones de época,

- los medios (siempre los medios) tuvieron un orgiástico bautismo de fuego en su tarea de exaltar y asociar perversamente a la dictadura militar con las movilizaciones populares por el éxito del Mundial. A diferencia de la vieja frase atribuida a Perón ("me echaron con todos los medios a favor, y volví con todos los medios en contra"), esta vez el terrorismo de estado aplicado sobre la comunicación fue una herramienta imprescindible en la tarea de silenciar y distorsionar voces opositoras y admitir un único relato posible desde el poder hegemónico. Cuatro años después, durante la guerra de Malvinas, los medios y la dictadura volverían a tener una nueva posibilidad de se-

llar a fuego su pacto de sangre. Los medios nunca fueron sólo instrumentos de transmisión de información. Los periodistas nunca fueron profesionales de una verdad objetiva, expertos neutros en el develamiento de lo real. Eso lo sabemos hace muchos años en las carreras de comunicación, pero también lo sabemos en la vida cotidiana de cada uno de los que nos sentamos ante la televisión, la radio, Internet o la prensa escrita.

La memoria, sólo la memoria, no garantiza nunca que el horror no vuelva a suceder. Pero la memoria advierte, y mucho más en un contexto histórico donde poco a poco las políticas de estado se comprometen en llevar adelante acciones de justicia. El trabajo sobre la memoria advierte ante la naturalización del horror: nos detiene, nos insita a preguntar nuevamente. Nos permite peinar a contrapelo el presente y las posibilidades del futuro.

Hablar del Mundial de 1978 hoy nos lleva a la reafirmación de una condena, pero también a la pregunta sobre las responsabilidades civiles y religiosas. Y en las carreras de comunicación a las responsabilidades y complicidades (que no es lo mismo) del campo de los medios y del periodismo. Porque junto a los que lloraron y lucharon, los que se comprometieron, estuvieron también aquellos que hoy siguen estando y que amparados en la vergüenza de la historia siguen trabajando para las minorías de siempre. Verdad y Justicia.

*Alejandro Verano
Decano de la Facultad de Periodismo
y Comunicación Social de la UNLP.*